

# SEMBLANZA DEL DR. GONZALO HERRANZ RODRÍGUEZ (1931-2021)

ANTONIO PARDO

*Unidad de Humanidades y Ética Médica Universidad de Navarra*

*E-mail: apardo@unav.es*

El 20 de mayo de 2021 nos dejó una de las figuras que ha marcado el perfil de la ética médica en España en el último tercio del siglo XX: Gonzalo Herranz. Intentaré a continuación un resumen biográfico y una descripción de su trayectoria académica y de su carácter, con la intención de ilustrar la relevancia de su persona.

Nació en Porriño (Pontevedra) el 27 de enero de 1931, en el seno de una familia cristiana. Comenzó sus estudios de Medicina en Santiago de Compostela, y posteriormente se trasladó a Barcelona, donde cursó los últimos cuatro años, finalizando la carrera con premio extraordinario en 1954: la sordera que sufrió desde la infancia, total para un oído y parcial para el otro, no le impidió un gran aprovechamiento. Aunque no volvió a residir en su Galicia natal, siempre conservó el cariño por su tierra y por su extensa familia, y recordaba con agrado anécdotas de su juventud, modos de hacer en su pueblo, y situaciones que, tras los años transcurridos, no dejaban de tener su vis cómica: era proverbial su buen humor y su sonrisa.

Terminada la carrera, se especializó en Anatomía Patológica en el Hospital de la Santa Cruz y San Pablo, y amplió estudios en Tubinga y Bonn. Obtuvo el doctorado en 1957 en Barcelona. Su especialidad hizo que se pensara en él para comenzar la docencia de la Histología y la Anatomía Patológica en la recién nacida Universidad de Navarra: fue profesor ordinario de estas materias hasta 1971, en que obtuvo cátedra de Anatomía Patológica en Oviedo. Fruto de estos años de docencia e investigación fueron numerosos artículos, y su participación como fundador en la Sociedad Española de Anatomía Patológica. Su prestigio profesional en el área duró mucho tiempo: cuando hacía años que se había dedicado en exclusiva a la ética médica, continuaba recibiendo

consultas de su anterior especialidad, y los consultores nunca se iban de vacío.

Tras la estancia en Oviedo, regresa a Pamplona el año 1974. La Universidad le confía entonces algunos cargos académicos: vicerrector (1974-1978) y decano de la Facultad de Medicina (1978-1981). Era de carácter fuerte, pero supo no ser autoritario: era más partidario del *laissez faire* a la hora de organizar. Siempre fue cordial con todos, y se puso de manifiesto de modo especial esta virtud posteriormente en los temas conflictivos de la bioética.

Se interesó por la ética médica por esas fechas. Comenzó con visitas semanales a la biblioteca para hojear los últimos ejemplares de las revistas médicas generales recibidas, y sacar fotocopia de los artículos más relevantes para la ética profesional. Estas comenzaron a acumularse en una carpeta de fuelle, que se convirtió en un archivador, luego en varios y terminó con los años, y la adición de numerosas monografías, en una biblioteca de material específico. Esta preocupación personal por los aspectos éticos de la profesión, y los avatares de la vida en la Facultad, terminaron haciéndole impartir las clases de ética médica. En esta línea, con prestigio ya bien adquirido en el área, se le solicitó la lección de apertura de curso en 1985, que versó sobre El respeto, actitud ética fundamental en la Medicina, texto paradigmático de una de sus ideas de fondo en ética médica: el respeto a la debilidad. Este cambio en sus intereses hizo que recibiera el nombramiento de Profesor Ordinario de Ética Médica en 1987, que desempeñó hasta su jubilación en 2002. En esas fechas, se constituyó el Departamento de Bioética, del que fue director hasta el año 2001. En esta etapa nos aportó también buenas lecciones: su aparente despe-

go sobre cómo organizar las cosas en concreto era, realmente, manifestación de una dirección respetuosa de la libertad, que no quería ahogar las iniciativas de quienes estábamos bajo su tutela.

Su prestigio en ética médica fue pronto bien conocido. Su capacidad de trabajo y diligencia hizo que se le confiaran cargos en el área de la ética profesional. Fue presidente (1984-1995), secretario (1995-2002) y vocal (2002-2007) de la Comisión Central de Deontología de la Organización Médica Colegial, donde contribuyó decisivamente al texto del Código de Ética Médica de 1990, al que escribió un libro con comentarios detallados, un pequeño tratado de ética médica. La Organización Médica Colegial delegó en él la asistencia a las reuniones del Comité Permanente de los médicos de la Comunidad Europea, del que fue vicepresidente (1986-1988). También fue vicepresidente de la Federación Mundial de Médicos que respetan la Vida humana entre 1986 y 1992 y consultor de la Congregación vaticana para la Educación Católica (desde 1989). Fue nombrado miembro del Consejo Directivo de la Academia Pontificia para la Vida (1994), y del Comité Internacional de Bioética de la UNESCO (1996). Su buen quehacer en ética médica le hizo acreedor de diversos premios como el de Médico Humanista del Año de España (1995), el Premio Reflexión 2002 a su artículo "Células troncales embrionarias: retórica y política", y la Medalla de oro de la Organización Médica Colegial de España (2007), que recibió con un discurso lleno de gracejo y buenas ideas éticas para la práctica profesional.

Esta actividad institucional no le impidió aceptar invitaciones a pronunciar conferencias o a participar como ponente en congresos; es más, parecía no saber decir que no; el resultado fue que pronunció centenares de conferencias y escribió colaboraciones incluso en boletines informativos de exigua importancia. Se conservan más de dos centenares de textos, redactados en detalle, que se están poniendo poco a poco a disposición del público, sobre la mayoría de materias relevantes en ética médica. Su afición a la lectura le hizo dominar magníficamente el español; esto se notaba en sus disertaciones, muy agradables de escuchar, y ahora de leer. Y,

cuando no era el caso, como en las clases a los alumnos de grado, a las que acudía con unas breves notas para glosar, los oyentes le atendían embobados; más de uno no tomaba apuntes al verse desbordado por la riqueza de matices de su castellano.

También enseñó el arte de la comunicación que dominaba tan bien. Impartió la materia de escritura y bibliografía médicas durante algunos años y difundió ese buen expresarse entre las generaciones de estudiantes que tuvieron la suerte de escuchar sus lecciones. Lo hacía con ardor, de modo convincente: no eran clases cualesquiera. Y, como fruto, quedaron bastantes artículos de la serie "Confidencial para autores" en Medicina Clínica, imprescindibles aún hoy para aproximarse a una buena escritura profesional.

Este dominio de la lengua le hizo maestro en el arte de mostrar lo evidente, problema no pequeño en cuestiones de ética. Con su retórica, siempre en combinación con la seriedad intelectual y el trabajo infatigable y metódico, vestía sus ideas de un ropaje atractivo: en este mundo de la imagen en que vivimos, no basta con tener razón, sino que es menester, además, saber expresar las cosas de modo adecuado, y sus clases, ponencias y conferencias son una buena muestra. Suponen una lección de cómo hay que aproximarse a la ética médica hoy, en que muchas veces las cuestiones no se lidian en el debate intelectual sino en la discusión pública.

Pero su dominio del lenguaje estaba para apoyar una sólida argumentación científica. En este sentido, era constante su rigor a la hora de tratar la bibliografía. No cabía citar a partir de una cita: había que consultar el original. Y no sólo el resumen, sino todo el texto, para llegar a conclusiones propias. Y también se exigía una redacción cuidada: los trabajos que elaboraba, si no había especiales prisas por la fecha, pasaban a reposar en un cajón (virtual cuando llegó la época informática) para ser releídos e implacablemente podados de frases ambiguas, sin sentido, redundantes o barrocas, que se transformaban en frases breves y significativas, dignas de Twitter (que no manejó); y este proceso lo repetía varias veces para cada texto.

Esa solidez intelectual y científica que le adornaban no se quedaba para él: su vocación universitaria le producía una permanente inquietud docente. Quienes trabajamos bajo su guía pudimos comprobar su esfuerzo para mejorar nuestros hábitos intelectuales y nuestro rigor en el trabajo de investigación, lleno de detalles prácticos que denotan un enfoque ético. Revisaba nuestros borradores de textos intentando que mejorara nuestra redacción: no perdonaba el exceso de frases subordinadas, complejas o no inteligibles al primer vistazo; el bolígrafo rojo hacía acto de presencia sin piedad... acompañado de indicaciones prácticas que, a mí, siempre me fueron muy útiles y que, a mi vez, he procurado transmitir. Pero sabía dosificar sus lecciones para que no cundiera el desánimo en sus discípulos: toda una lección de paciencia, que no le llevaba a omitir cómodamente la exigencia. En suma, una actitud propia de un maestro, que no se conforma con un resultado válido, sino que intenta sacar el mayor fruto de las cualidades de sus discípulos.

Todo este conjunto de ocupaciones de representación, divulgación y docencia no le impidió la publicación de abundantes artículos sobre cuestiones de ética médica. Su currículum en este ámbito es impresionante. Uno de los campos de trabajo en que profundizó fue el de la ética de investigación. Aquí, unos rateros jugaron una mala pasada: le robaron el portátil en una estación de autobús, cuando un libro sobre esta materia ya estaba ultimado... y no había copia de seguridad. El tema se puede rastrear por sus demás escritos, pero nos quedamos sin una monografía que hoy habría resultado básica.

Vivía con pasión los avatares de la ética médica: se notaba especialmente en su indignación (siempre mesurada) ante situaciones éticamente censurables en la práctica de la Medicina. Y esto lo hacía compatible con la moderación para conseguir ser cercano y convincente en el diálogo y en sus intervenciones públicas sobre temas éticos. Volcaba esta energía en todas las actividades emprendidas para difundir la ética médica: no se sabe cómo conseguía, además de todas las actividades ya mencionadas, responder inmediatamente las consultas y peticiones de consejo que recibía por correo

electrónico. Sin mencionar las que le solicitábamos en el Departamento o para impartir clases en el Máster, cuando ya llevaba tiempo jubilado y no estaba muy bien de salud.

He mencionado los numerosos artículos que publicó. Pero, probablemente, lo más sustancioso fueron los tres libros que nos legó. El primero, su Comentario al Código de Ética y Deontología Médica de 1990, ya mencionado, que ha conocido tres ediciones y constituye un prontuario de ética médica fundamental todavía hoy. El segundo fue *El embrión ficticio*. Su origen tiene como trasfondo su preocupación por el respeto a la vida humana en situaciones de debilidad (que se manifiesta especialmente en sus orígenes y en su declive) y su preocupación por elaborar una ciencia sólida. El resultado fue una revisión exhaustiva de las teorías sobre la gemelación, que llevaron a la argumentación ética permisiva de las técnicas de reproducción asistida sin un fundamento científico sólido. Toda una lección de cómo la seriedad científica muestra los pies de barro de la ciencia y proporciona un sustento sólido al razonamiento ético. Y el tercer libro fue *Leyendo entre líneas: una historia crítica de la contracepción*, aparecido simultáneamente en inglés y en español el año inmediatamente anterior a su fallecimiento. Además de una revisión completa de los antecedentes históricos e ideológicos, desvela todo el panorama de relaciones humanas, ideas, influencias... y deslices garrafales de ética médica subyacentes a la investigación que desarrolló la píldora. Son libros que dejan huella.

Su situación física, con el deterioro progresivo derivado de un infarto (entre otros problemas), no le impidió la realización de estos trabajos, especialmente el último libro. Llegó a asistir en silla de ruedas a las reuniones en que iba explicando a sus colaboradores los contenidos recientemente descubiertos o redactados. Se encargó personalmente de revisar a fondo la traducción inglesa. Y se mantuvo en contacto con todos a través del correo electrónico, también respondiendo consultas de ética médica, hasta un par de meses antes de fallecer, a pesar de la dificultad y cansancio que le suponía.

Descanse en paz.